

W. B. Shelley



John Keats

Adonais

SELECCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS

E. EHRENDOST

Editorial Alastor



P. B. Shelley

Líneas

I

La fría tierra se durmió debajo,
arriba el frío cielo brilló,
y por todo alrededor, con un escalofriante sonido,
desde cuevas de hielo y campos de nieve
el aliento de la noche como la muerte fluyó
bajo una luna descendente.

II

Los invernales cercados eran negros,
el verde pasto no se veía,
las aves descansaban sobre el seno del desnudo espino,
cuyas raíces, a un lado de la huella del camino,
habían unido sus partes por sobre varias grietas
que la helada había producido entre ellas.

III

Tus ojos brillaban bajo la claridad
de la agonizante luz lunar;
así como las luces de un pantano sobre un perezoso arroyo
resplandecen tenuemente, así la luna allí brillaba
y volvía amarillas las hebras de tu negro cabello,
que bajo el viento nocturno se agitaba.

IV

La luna hizo a tus labios palidecer, amada,
el viento hizo que tu pecho se enfriara,
la noche derramó sobre tu querida cabeza
su helado rocío, y tú sólo yacías
allí donde el amargo aliento del desnudo cielo
a voluntad visitarte podía.

A una alondra

¡Te saludo, alegre Espíritu!,
un pájaro nunca fuiste,
tú que desde el cielo, o sus cercanías,
vuelcas tu henchido corazón
en profusas melodías de impremeditado arte.

Más alta aún y más alta
desde la tierra te lanzas
como una nube de fuego;
por el profundo azul aleteas,
y cantando aún te encumbras, y encumbrándote siempre cantas.

En el dorado fulgor
del sol que se pone,
y por sobre el cual las nubes relucen,
flotas y te deslizas tú,
como un gozo sin cuerpo cuya carrera recién comenzó.

El pálido atardecer purpúreo
se funde en torno a tu vuelo;
como una estrella del cielo
a la plena luz del día,
eres invisible, pero aún oigo tu agudo deleite,

penetrante como las flechas
de aquella plateada esfera
cuya intensa luz mengua
en la blanca y clara aurora
hasta que apenas la vemos y sólo sentimos que sigue allí.

Toda la tierra y el aire
con tu voz se colman,
así como, cuando la noche está despejada,
desde una solitaria nube
la luna derrama sus rayos y los cielos se desbordan.

No sabemos qué es lo que eres,
ni qué se parece más a ti.
Desde las nubes del arco iris no fluyen
gotas tan brillantes para ver
como la lluvia de melodía que de tu presencia cae aquí.

Adonais

I

Lloro por Adonais... ¡está muerto!
¡Oh, llorad por Adonais, aunque nuestras lágrimas
no derritan el hielo que aprisiona una cabeza tan amada!
Y tú, triste Hora, de entre todos los años seleccionada
para nuestra pérdida lamentar, despierta a tus oscuras
compañeras, enséñales tu propia tristeza y di:
«¡Conmigo murió Adonais; hasta que el Futuro se atreva
a olvidar el Pasado, su fama y su destino serán
un eco y una luz por toda la eternidad!».

II

¿Dónde estabas tú, poderosa Madre, cuando él yacía,
cuando tu Hijo yacía, atravesado por la flecha que voló
en la oscuridad? ¿Dónde estaba la desdichada Urania
cuando moría Adonais? Con sus ojos velados,
entre atentos Ecos, sentada en su Paraíso se hallaba,
mientras uno de ellos, con suave aliento enamorado,
volvía a encender todas las marchitas melodías
con las que, como flores que se burlan del cadáver debajo,
había él la ya cercana sombra de la Muerte escondido y adornado.

III

¡Oh, llorad por Adonais!... ¡está muerto!
¡Despierta, melancólica Madre, despierta y llora!
Mas ¿para qué? Reprime en su ardiente lecho
tus urentes lágrimas y deja que tu ruidoso corazón
mantenga, como el suyo, un mudo sueño sin quejas,
pues se ha ido a donde todas las cosas sabias y nobles
descienden. ¡Oh!, no sueñes con que la Profundidad
lo restituya alguna vez al aire vital: la Muerte
se alimenta en su muda voz y ríe ante nuestra desesperación.

IV

Tú, la más musical de entre quienes se lamentan, ¡llora de nuevo!,
¡vuelve a lamentarte, Urania! Pues también murió otro,
aquel que fuera el Padre de un linaje inmortal,
ciego, viejo y solo, cuando el orgullo de su país,
por sacerdote, esclavo y liberticida, fue pisoteado
y escarnecido mediante muchos abominables ritos
de lujuria y de sangre; él penetró, sin miedo,
en el abismo de la muerte, pero su claro espíritu
aún reina sobre la tierra, el tercero entre los hijos de la luz.¹

¹ Alusión a John Milton, según Shelley el tercer gran poeta épico tras Homero y Dante.

Prometeo desencadenado

- COMIENZO DEL ACTO I -

PROMETEO¹

¡Monarca de dioses, de demonios y de todos los espíritus excepto uno, que gobiernas esos brillantes mundos giratorios que sólo tú y yo, de entre todos los seres vivos, contemplamos con insomnes ojos!, mira a esta Tierra, poblada multitudinariamente por tus esclavos, a quienes recompensas, por sus adoraciones de rodillas, sus plegarias, fatigas, alabanzas y hecatombes de corazones rotos, con miedo, desprecio de sí mismos y áridas esperanzas, mientras que, ciego de odio, a mí, que soy tu enemigo, me has hecho reinar y triunfar, para tu vergüenza, sobre mi propio dolor y tu vana venganza.

Trescientos años de horas de sueños a la intemperie, de momentos siempre divididos por agudas agonías que los hacen parecer años, de tortura y soledad, desdén y desesperación: ese es mi imperio, mucho más glorioso que aquel que consideras, desde tu para nada envidiado trono, ¡oh, poderoso Dios!, todopoderoso, si me hubiese dignado a compartir el oprobio de tu funesta tiranía y no colgase aquí, encadenado a los riscos de esta montaña que confunde a las águilas, negra, helada, muerta, jamás conmensurada, y privada de toda hierba, insecto, bestia o forma o sonido de vida. ¡Ah, ay de mí!, ¡dolor, dolor siempre, para siempre!

¡Ningún cambio, ninguna pausa, ninguna esperanza! Pero resisto. Le pregunto a la Tierra: ¿no han sentido las montañas? Le pregunto a aquel Cielo: el sol, que todo lo ve, ¿no ha visto? Y el Mar, tempestuoso o calmo, la inconstante sombra del Cielo, extendiéndose debajo: ¿no han sus sordas olas oído mi agonía? ¡Ah, ay de mí!, ¡dolor, dolor siempre, para siempre!

Los glaciares que se arrastran me atraviesan con las lanzas de sus cristales congelados bajo la luna; las brillantes cadenas me muerden hasta llegar a mis huesos con su ardiente frío; el sabueso alado del Cielo, tras ensuciar en tus labios su pico con un veneno que no es suyo, desgarrará mi corazón; visiones sin forma se acercan errantes, los espantosos moradores del reino de los sueños, y se burlan de mí; los demonios del Terremoto

¹ Prometeo pertenecía a la segunda generación de titanes, descendientes de Gaia y Urano.

John Keats

Oda a la Melancolía

I

¡No, no!, no te apresures al Leteo ni exprimas
el acónito de fuertes raíces en busca de su vino venenoso;
no dejes que tu pálida frente besada sea
por la belladona, uva color rubí de Proserpina;
no confecciones tu rosario con las bayas del tejo
ni permitas que el escarabajo o la polilla de la muerte
sean tu Psique plañidera, o que el plumoso búho
tome parte alguna en los misterios de tu tristeza,¹
pues las sombras lentamente sobre ti se abatirán
y la insomne angustia de tu alma ahogarán.

II

Mas cuando el acceso de melancolía caiga
repentino desde el cielo, como una nube que al derramarse
nutre a las innúmeras flores marchitas
y oculta bajo una mortaja de abril a la verde colina,
anega tu tristeza en una rosa temprana,
en el arco iris de la ola arenosa y salada
o en la riqueza de redondas peonías;
o bien, si tu amada manifiesta alguna ira ruidosa,
aprisiona su suave mano, déjala enfurecerse
y aliméntate profundo en sus incomparables ojos.

III

Ella habita con la Belleza, Belleza que debe morir;
y con la Alegría, cuya mano se halla siempre en sus labios
diciendo adiós; y con el doloroso Placer muy cerca,
que en veneno se torna apenas la boca lo prueba;
sí, en el mismo templo del Deleite
la Melancolía tiene su trono soberano,
aunque a nadie sea visible salvo a aquel cuya lengua
aplaste la uva de la Dicha contra su fino paladar:
esa alma probará la tristeza de su poder
y entre sus sombríos trofeos luego colgará.

¹ El acónito, la belladona y el tejo son plantas venenosas, mientras que el escarabajo, el búho y la polilla o esfinge de la calavera (*Acherontia atropos*) son todos símbolos populares de la muerte.

Escrito con desprecio a la superstición vulgar

Las campanas de la iglesia tañen melancólicamente
convocando a la gente a nuevas plegarias,
a nuevos abatimientos, a más espantosas inquietudes
y a seguir escuchando el horrible sonido del sermón.
De seguro la mente humana ha de hallarse firmemente atada
a algún negro hechizo, puesto que todos se apartan
del gozo junto al fuego, de los suaves aires lidios¹
y del elevado diálogo con aquellos por la gloria coronados.
Aún, aún tañen, y yo sentiría una humedad,
un frío como del sepulcro, si no supiese
que están agonizando como una vela consumida,
que estos son los suspiros con los que se lamentan
antes de caer en el olvido, y que nuevas flores crecerán
junto a muchas glorias de estampa inmortal.

Escrito sobre la cima del Ben Nevis

¡Recítame una lección, oh, musa, y hazlo bien fuerte
sobre la cima del Nevis, por las nieblas cegado!
Miro hacia los abismos que se abren debajo
y un velo vaporoso los oculta: sólo eso
es lo que el hombre sabe del Infierno; miro hacia arriba
y sólo hay triste neblina: no más que eso
puede el hombre decir del Cielo; la niebla se esparce
sobre la tierra, debajo de mí: justo así,
igual de vaga, es la visión del hombre sobre sí mismo.
Aquí están las escarpadas rocas bajo mis pies,
y así sé que, pobre elfo sin genio, piso en ellas;
todo lo que mi vista alcanza es bruma y peñasco,
no sólo en estas alturas, sino también en el mundo
del poder mental y el pensamiento humanos.

¹ Los «suaves aires lidios», una imagen para referirse a la poesía, es una expresión sacada del primero de los poemas gemelos *L'Allegro e Il Penseroso*, de John Milton.

Lamia

PARTE I

Hace mucho tiempo, antes de que la estirpe de las hadas expulsara a las ninfas y a los sátiros de los prósperos bosques, antes de que la brillante diadema del rey Oberón¹, su cetro y su manto con gemas de rocío abrochado alejaran con horror a las dríades y a los faunos de los verdes juncos, los matorrales y los campos, el siempre enamorado Hermes vacío dejó su trono dorado, ardiendo en amoroso rapto; del alto Olimpo se escabulló con presteza, de este lado de las nubes del poderoso Júpiter, para escapar a la vista de su gran convocador y retirarse a un profundo bosque situado en las costas de Creta. Pues en algún lugar de esa sagrada isla moraba una ninfa ante la cual todos los unguados sátiros se inclinaban y a cuyos blancos pies los lánguidos tritones vertían perlas mientras en la tierra se marchitaban reverenciándola. Velozmente por las fuentes donde ella acostumbraba bañarse, y por aquellos prados donde en ocasiones solía vagar, se esparcieron ricos regalos, desconocidos para cualquier musa aun cuando el baúl de la Fantasía abierto para elegir estuviese. ¡Ah, qué mundo de amor había a sus pies! Así pensó Hermes, y un fuego celestial subió ardiente desde sus alados talones hasta cada oído, que, de una blancura tal como la de las claras azucenas, se ruborizaron como rosas en medio de su dorada cabellera, la cual en profusos rizos sobre sus desnudos hombros caía. De valle en valle, de bosque en bosque voló él, susurrando sobre las flores su nueva pasión y recorriendo varios ríos hasta sus fuentes para descubrir dónde esta dulce ninfa su secreto lecho poseía. Pero en vano: la hermosa ninfa en ningún sitio podía ser hallada, de modo que el dios descansó en un terreno desolado, pensativo y dolorosamente celoso de las deidades del bosque e incluso de los mismos árboles. Y mientras allí se demoraba oyó una lastimera voz, tal como la que una vez oída destruye, en un corazón tierno, toda pena salvo la piedad; y así decía esta voz solitaria: «¿Cuándo despertaré de esta tumba por guirnalda rodeada? ¿Cuándo me moveré en un suave cuerpo apto para la vida, el amor, el placer y la rubicunda contienda de corazón y de labios? ¡Ah, miserable de mí!».

¹ Rey de las hadas que aparece en los cantares de gesta medievales y que más tarde Shakespeare inmortalizaría en su *Sueño de una noche de verano*.

Hiperión

LIBRO I

Profundo en la umbrosa tristeza de un valle
cobijado lejos del saludable aliento de la mañana,
lejos del ardiente mediodía y del primer astro vespertino,
descansaba el canoso Saturno¹, quieto como una piedra,
callado como el silencio que envolvía todo aquel lugar;
bosque sobre bosque pendían, cual nube sobre nube,
por encima de su cabeza. Ni un soplo de aire se movía allí,
ni tanta vida como la que, en un caluroso día de verano,
no roba ni una liviana semilla del abundante pasto,
sino que, donde la hoja muerta cae, allí queda.
Un arroyo corría mudo a un lado, más amortiguado aún
a causa de que su caída divinidad sobre sus aguas
una sombra proyectaba: la náyade entre sus cañas
con un frío dedo oprimiase fuertemente los labios.

A lo largo de la arena de las márgenes, grandes huellas
llegaban hasta el sitio en el que sus pies habíanse extraviado
y en el cual desde entonces dormitaba. Sobre la tierra
su vieja mano derecha yacía inerte, exánime, muerta,
despojada de su cetro; sus ojos sin reino hallábanse cerrados,
mientras que su inclinada cabeza parecía escuchar a la Tierra,
su anciana madre,² en busca de aún algún consuelo.

Parecía que ninguna fuerza podría despertarle de aquel lugar;
pero entonces llegó una que, con mano familiar,
tocó sus anchos hombros tras haberse inclinado
con reverencia aun ante uno que no la veía.
Se trataba de una diosa de la infancia del mundo;
a su lado, en estatura, una alta amazona habría parecido
de la altura de un pigmeo; bien podría ella haber tomado
a Aquiles por los cabellos y haberle roto el cuello
o detenido con uno de sus dedos la rueda de Ixión³.
Su rostro era tan grande como el de una esfinge de Menfis
situada sobre un pedestal en el patio de un viejo palacio
cuando los sabios aún buscaban en Egipto sus ciencias,
¡pero cuán distinto al mármol era este rostro;
cuán bello, si la tristeza no hubiese hecho
a la Tristeza más bella que la misma Belleza!

¹ Crono, el equivalente griego al Saturno romano, fue uno de los doce titanes de primera generación, que gobernaron durante la Edad de Oro antes de ser derrocados por los dioses olímpicos.

² Crono era, como todos los titanes originarios, hijo de Urano (el cielo) y Gaia (la tierra).

³ Como castigo por intentar seducir a su esposa Hera, Zeus condenó a Ixión, rey de los lapitas, a girar eternamente atado a una rueda de fuego en el profundo Tártaro.

ÍNDICE

Prólogo	7
P. B. SHELLEY	15
Poemas escritos en 1814 y 1815	
<i>Estrofas (Abril de 1814)</i>	17
<i>Mutabilidad</i>	18
<i>Un cementerio en un anochecer de verano</i>	19
<i>Sobre la Muerte</i>	20
<i>Líneas: «La fría tierra se durmió debajo»</i>	21
Poemas escritos en 1816 y 1817	
<i>Himno a la Belleza Intelectual</i>	22
<i>Mont Blanc</i>	25
<i>Soneto: Ozymandias</i>	29
Poemas escritos en 1818	
<i>Invocación a la Miseria</i>	30
<i>Lo pasado</i>	32
<i>Sobre una violeta marchita</i>	32
<i>Soneto: «No levantéis el velo pintado»</i>	33
Poemas escritos en 1819	
<i>Líneas escritas durante el gobierno de Castlereagh</i>	34
<i>Soneto: Inglaterra en 1819</i>	35
<i>Oda al Viento Oeste</i>	36
<i>Oda al Cielo</i>	39
<i>La filosofía del amor</i>	40
<i>La serenata india</i>	41
Poemas escritos en 1820	
<i>La nube</i>	42
<i>A una alondra</i>	44
<i>Aretusa</i>	47
<i>El himno de Apolo</i>	50
<i>El himno de Pan</i>	51
<i>La canción de Proserpina</i>	52
<i>Los que vagan por el mundo</i>	53
<i>Soneto: «¡Os apresuráis hacia la tumba!»</i>	53

Poemas escritos en 1821	
<i>Epipsychidion</i>	54
<i>Adonais</i>	68
<i>El Tiempo</i>	82
<i>Un lamento</i>	82
<i>A la Noche</i>	83
<i>Remembranza</i>	84
A ...: « <i>Música, cuando suaves voces mueren</i> ».....	85
A ...: « <i>Una palabra es demasiado a menudo profanada</i> »	85
Poemas escritos en 1822	
Líneas: « <i>Cuando la lámpara se rompe</i> ».....	86
<i>Un ave viuda</i>	87
<i>El islote</i>	87
<i>Endecha</i>	87
Prometeo desencadenado	
« <i>¡Monarca de dioses!</i> ».....	88
<i>Canción de la Luna</i>	103
Fragmentos	
<i>A Keats</i>	104
<i>A la luna</i>	104
<i>La luna menguante</i>	104
« <i>Estoy ebrio por el meloso vino</i> ».....	105
« <i>Florecente viña</i> »	105
« <i>No despertéis a la serpiente</i> »	105
« <i>¡Oh, tú, deidad inmortal!</i> ».....	106
<i>Satán liberado</i>	106
« <i>Vaga él, como un deslumbrante ensueño diurno</i> ».....	106
« <i>¿Quién eres, presuntuoso?</i> ».....	107
« <i>¡Desfallezco!, ¡muero con mi amor!</i> ».....	107
« <i>El rudo viento está entonando</i> »	107
JOHN KEATS	109
Poemas y baladas	
« <i>De puntillas me elevé...</i> ».....	111
<i>La Belle Dame sans Merci</i>	117
Odas	
<i>Oda a un ruiseñor</i>	119
<i>Oda a una urna griega</i>	122
<i>Oda a Psique</i>	124
<i>Al Otoño</i>	126
<i>Oda a la Melancolía</i>	127

Sonetos

«A quien ha permanecido mucho tiempo».....	128
«¡Oh, cómo amo, en un bello atardecer de verano!».....	128
«Cortantes e intermitentes ráfagas susurran»	129
«¿Por qué reí esta noche?».....	129
«Cuando oscuros vapores han oprimido»	130
«Oh, tú cuyo rostro ha sentido el viento del invierno».....	130
«Cuando siento temores»	131
A la Fama	131
A Byron.....	132
A Chatterton.....	132
Escrito con desprecio a la superstición vulgar	133
Escrito sobre la cima del Ben Nevis	133
Al Sueño.....	134
Sobre un sueño.....	134
Sobre el Mar.....	135
«¡Brillante estrella!».....	135

Endimión

«Una cosa bella es un goce eterno».....	136
Himno a Pan.....	137

Lamia

Parte I.....	139
Parte II.....	149

Hiperión

Libro I.....	157
Libro II.....	166
Libro III.....	175

La caída de Hiperión

«Los fanáticos tienen sueños».....	178
------------------------------------	-----